

FRANÇOIS DOSSE

PAUL RICŒUR

Los sentidos de una vida (1913-2005)

Edición revisada y aumentada



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2001
Segunda edición en francés revisada y aumentada, 2008
Primera edición en español, 2013

Dosse, François
Paul Ricoeur : los sentidos de una vida : 1913-2005 . - 1a ed. -
Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2013.
768 p. ; 23x16 cm. - (Filosofía)

Traducido por: Pablo Corona
ISBN 978-950-557-977-8

1. Filosofía. I. Corona, Pablo, trad.
CDD 190

Distribución mundial

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández
Foto de solapa: D.R., La Découverte

Título original: *Paul Ricoeur. Les sens d'une vie (1913-2005)*
ISBN de la edición original: 978-2-7071-5431-6
© 2001, 2008, La Découverte, París

Esta obra ha sido beneficiada con el apoyo de los
Programas de Ayuda a la Publicación del Institut Français

D.R. © 2013, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusto 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-977-8

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Prólogo a la edición de 2008</i>	13
<i>Prefacio</i>	17

Primera parte LOS AÑOS TREINTA

I.	<i>Los primeros aprendizajes</i>	27
II.	<i>El círculo de Gabriel Marcel y la filiación reflexiva</i>	37
III.	<i>La tercera vía personalista</i>	48
IV.	<i>El compromiso socialista por ser cristiano</i>	57
V.	<i>El pacifismo y sus límites</i>	75

Segunda parte LA EXPERIENCIA DEL CAMPO: 1940-1945

VI.	<i>La vida de prisionero en Pomerania oriental</i>	89
VII.	<i>Una intensa actividad intelectual y cultural</i>	98
VIII.	<i>Del círculo Pétain a la “resistencia”</i>	107
IX.	<i>La larga marcha del retorno</i>	115

Tercera parte EL TIEMPO DE LA REFLEXIÓN. EL CHAMBON: 1945-1948

X.	<i>Un alto lugar de retiro</i>	121
XI.	<i>Un existencialismo que se nutre de Marcel, Jaspers y Kierkegaard</i>	131
XII.	<i>Para una democracia social</i>	145

Cuarta parte

ESTRASBURGO: 1948-1956

XIII.	<i>El trágico siglo xx: el mal y la culpabilidad</i>	155
XIV.	<i>Una fraternidad confesante: Esprit en Estrasburgo</i>	170
XV.	<i>El socius y el prójimo</i>	180
XVI.	<i>El trabajo y/o la palabra</i>	187
XVII.	<i>La disputa escolar</i>	194
XVIII.	<i>Una tercera vía en la Guerra Fría</i>	202
XIX.	<i>La tesis: la voluntad</i>	213
XX.	<i>El despertar barthiano. La esperanza sostenida en las fronteras del logos: el profetismo</i>	222
XXI.	<i>La paradoja política</i>	234
XXII.	<i>La historia en presente</i>	243

Quinta parte

UN HETERODOXO EN EL CORAZÓN DE LA UNIVERSIDAD: 1957-1964

XXIII.	<i>El profesor consagrado: la Sorbona</i>	255
XXIV.	<i>Les Murs Blancs: la comunidad personalista</i>	269
XXV.	<i>Cristianismo Social bajo la presidencia de Ricœur</i>	279
XXVI.	<i>Contra la guerra de Argelia</i>	290
XXVII.	<i>El símbolo da que pensar</i>	304

Sexta parte

FRENTE A LOS MAESTROS DE LA SOSPECHA: 1960-1970

XXVIII.	<i>La travesía por Freud</i>	315
XXIX.	<i>El ataque de los lacanianos</i>	327
XXX.	<i>La confrontación con el estructuralismo</i>	339
XXXI.	<i>Un "combate amoroso" con Greimas</i>	353
XXXII.	<i>La inserción hermenéutica</i>	361
XXXIII.	<i>Una hermenéutica bíblica</i>	375
XXXIV.	<i>El horizonte poético</i>	387

Séptima parte

LA AVENTURA DE NANTERRE: 1965-1970

XXXV.	<i>La elección de Nanterre</i>	401
XXXVI.	<i>L'Ordre Philosophique</i>	413
XXXVII.	<i>Mayo de 1968: el tiempo profético</i>	425
XXXVIII.	<i>El decanato al borde del tacho de basura</i>	441
XXXIX.	<i>El seminario de la calle Parmentier</i>	457

Octava parte

EL ECLIPSE. EL DESVÍO ESTADOUNIDENSE: 1970-1985

XL.	<i>Un filósofo relegado a las fronteras</i>	477
XLI.	<i>Chicago: la sucesión de Tillich y el amigo Eliade</i>	488
XLII.	<i>La felicidad de enseñar en Estados Unidos</i>	501
XLIII.	<i>La identidad narrativa</i>	512
XLIV.	<i>París-Praga: el puente filosófico</i>	529
XLV.	<i>Renunciar a Hegel</i>	537

Novena parte

LA CONSAGRACIÓN

XLVI.	<i>Un nuevo equipo en Esprit: la persona sin el personalismo</i>	549
XLVII.	<i>1988: el reconocimiento</i>	559
XLVIII.	<i>La travesía por el mal absoluto</i>	566
XLIX.	<i>El camino más corto de sí mismo a sí mismo pasa por otro</i>	578
L.	<i>La Revue de Métaphysique et de Morale</i>	594
LI.	<i>Entre lo filosófico y lo religioso: ni confusión...</i>	601
LII.	<i>Entre lo filosófico y lo religioso: ...ni separación</i>	613

Décima parte

UN FILÓSOFO EN LA CIUDAD

LIII.	<i>El anhelo de la vida buena</i>	633
LIV.	<i>La preocupación por lo justo</i>	655

LV.	<i>Una ética por delante de la moral</i>	676
LVI.	<i>La historia entre la memoria y el olvido</i>	698
LVII.	<i>La memoria, la historia, el olvido en debate</i>	713
LVIII.	<i>El reconocimiento de un itinerario</i>	724
LIX.	<i>Inacabamiento</i>	735
	<i>Índice de nombres</i>	751

AGRADECIMIENTOS

AGRADEZCO a todos aquellos que generosamente me han aportado su testimonio en el curso de entrevistas llevadas a cabo entre 1994 y 1997. Su contribución ha constituido uno de los materiales esenciales de esta biografía intelectual de Paul Ricœur:

Olivier Abel, Joëlle Affichard, Catherine Audard, Françoise Azouvi, Jeffrey Barash, Renaud Barbaras, Henri Bartoli, Jean Baubérot, Paul Beauchamp (†), Michèle Bertrand, Jean-Michel Besnier, Charles Blanchet, Alain Blancy, Henri de Saint-Blanquat, Henri Blocher, Rachid Boubegra, Sliman Boukhechem, Gabriel Boulade, Dominique Bourel, Pierre Bouretz, Jerald C. Brauer, David Brent, Stanislas Breton (†), Alain Brigodiot, Henri Brochier, Roland Campiche, Jean Carbonnier, Dorothée Casalis, Monique Castillo, Raphaël Célis, Jacques Colette, Pierre Colin, Jean Conilh, Jean-Claude Coquet, Paul Corset, Pierre Courthial, Jean-François Courtine, Françoise Dastur, Marcel David, Renée David, Mireille Delbraccio, Alex Derczansky, Jacques Derrida (†), Jacques Desbiez (†), Vincent Descombes, Jean-Luc Domenach, Jean-Marie Domenach (†), Thérèse Duflot, Mikel Dufrenne (†), André Dumas (†), Henri Duméry, André Encrevé, Pierre Encrevé, Jean-Claude Eslin, Marie-Louise Fabre, Jean Marc Ferry, Ennio Floris, Etienne Fouilloux, Geneviève Fraisse, Paul Fraisse (†), Didier Franck, Pierre Fruchon, Maurice de Gandillac, Antoine Garapon, Pierre Garniron, Claude Geffré, Luce Giard, Pierre Gisel, Roland Goetschel, Catherine Goldenstein, Jean Granier, Jean Greisch, Jean Grondin, Claude Gruson, Pascale Gruson, Michel Haar, Jean-Pierre Hammel, Henri Hatzfeld, Ladislav Hejdanek, Michel Henry, Jean-François Hérouard, Françoise Hock-Mathiot, Dick Howard, Samuel Ijseleg, Claude Imbert, André Jacob, Madeleine Jang-Kyung, Dominique Janicaud (†), Gwendoline Jarczyk, Domenico Jervolino, Jean-Pierre Jossua, Richard Kearney, Peter Kemp, Jean-Jacques Kress, Pierre-Jean Labarrière, Georges Labica, André Lacocque, Jean Ladrière, Paul Ladrière, Odette Laffoucrière, Philippe de Lara, Marc de Launay, François Lavondès, Serge Lebovici, Paul-André Lesort (†), Marc Lienhard, Daniel Lindenberg, Jacques Lochard, Anne Marcel, Thierry Marchaisse, Jean-Luc Marion, François Marty, Jacques Maury, Jean-Marie Mayeur, Roger Mehl (†), Solange Mercier-Josa, Jacques Merleau-Ponty (†), Olivier Mongin, Denis Müller, Jean-Luc Nancy, Thierry Paquot, Luc

Pareydt, Jiri Peckar, David Pellauer, Guy Petitdemange, Jean-Luc Petit, Bernard Picinbono, Jean Picq, Jérôme Porée, Jacques Pujol, Jacques Poulain, Bernard Puel, Bernard Quelquejeu, France Quéré (†), Charles Reagan, René Rémond (†), Myriam Revault d'Allonnes, Marc Richir, Michel Rocard, Joël Roman, Rémy Rontchevsky (†), Jean-Marc Saint, Alain Saudan, Jean-Louis Schlegel, Monique Schneider, Jacques Sédat, Catherine de Seynes, Louis Simon, Josef Sivak, Jan Sokol, Robert D. Sweeney, Jacques Taminiaux, Jacques Texier, Cristoph Théobald, Paul Thibaud, Dorian Tiffeneau, Xavier Tilliette, Alain Touraine, Gabriel Vahanian, Paul Valadier, Antoine Vergote, Miklos Vetö, Jean-Louis Vieillard-Baron, Maria Villela-Petit, Gilbert Vincent, François Wahl, Bernhard Waldenfels, Éric Westphal, Jean-Paul Willaime, Michel Winock, Heinz Wismann.

Agradezco también a aquellos que han aceptado la ardua tarea de recibir este manuscrito: en primer lugar, a Florence Dosse, quien ha revisado con cuidado cada uno de los capítulos conforme a su elaboración, y de este modo ha contribuido de una manera importante a su legibilidad, así como a Olivier Abel, Daniel Becquemont, Jean-Michel Besnier, Pierre Bouretz, Christian Delacroix, François Gèze, Olivier Mongin, Thierry Paquot, Marc Saint-Upéry, quienes me han ayudado de manera muy valiosa con sus sugerencias y correcciones.

Mis más vivos agradecimientos también a mi amiga Catherine Goldenstein, quien, como conservadora del Fondo Paul Ricœur, me ha abierto los archivos y ha guiado mis pasos en 2007, informándome de la existencia de algunos tesoros. Por otra parte, habiendo acompañado a Paul Ricœur en los últimos diez años de su vida, su testimonio ha sido para mí de una intensidad particular.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2008

DE REGRESO a mi domicilio en aquella tarde del viernes 20 de mayo de 2005, encuentro sobre mi escritorio, escrito por uno de mis hijos, el número del teléfono móvil de Catherine Goldenstein, quien asiste y acompaña a Paul Ricœur desde hace una decena de años, con la enigmática leyenda: “Llá-mala urgente”. Se instala entonces la angustia, multiplicando el temor del riesgo de desaparición de quien amamos, que experimentamos desde algunas semanas.

Lo que sigue se desencadena con mucha rapidez. En mi contestador automático, Emmanuel Laurentin es el primero en preguntarme qué sé acerca del rumor de la muerte de Paul Ricœur, que ya corre de una redacción a la otra. Contra toda evidencia, lívido, me resisto a esta novedad irreparable a pesar del abatimiento interior, del vacío que se apodera de mí. Suena el teléfono; el corazón tiembla ante la perspectiva de enterarse de que es la hora del adiós. Esta vez es un periodista de France Inter, quien me solicita comentar la muerte del gran filósofo. Totalmente incapaz de articular alguna palabra, balbuceo que no puedo comentar lo que no sé verdaderamente aún, que no puedo expresarme sin confirmación y sin recobrar un poco. Me tomo una pequeña media hora para recomponerme. Logro reunirme con Catherine Goldenstein, quien me hace saber que, efectivamente, Paul Ricœur ha dejado de vivir en la noche, apagándose pacíficamente en su habitación de Les Murs Blancs. Junto a él en la vigilia, le ha prodigado palabras de sosiego. Ciertamente, una vida bien cumplida, vivida hasta el extremo. Cada uno se consuela como le es posible, pero, en esos minutos allí, ello no impide un sentimiento de pérdida irreversible y de revuelta impotente contra la finitud.

Quien desaparece en esta jornada del 20 de mayo de 2005 es para Francia uno de sus más grandes filósofos, que ha adquirido un reconocimiento internacional, una estima unánime. “Usted es indiscutible”, le dijo un día Emmanuel Levinas. Para mí, el filósofo cuyo recorrido he trazado en 1997, en una primera edición de su biografía intelectual, se había transformado en alguien cercano después de esta publicación. Como lo explico en el prólogo de ese momento, él sabía que yo trabajaba sobre él, pero insistía en permanecer al margen de la elaboración de este libro. En ese momento, yo le precisaba al lector:

“La semblanza de Ricœur que esbozo aquí es, por lo tanto, la de un hombre con el que nunca me he encontrado”.

Evidentemente, le envié la obra acabada no sin aprensión. Poco después de mi envío, tuve la felicidad de recibir una muy bella carta de Paul Ricœur; he aquí algunos extractos de ella:

¿Cuál debe ser mi gratitud a usted a la medida de la que usted expresa en su dedicatoria? Me siento reconocido por usted, con mis excesos de juventud y mis errores de juicio, con mis desvíos sinuosos, pero también con mi búsqueda obstinada de veracidad. He apreciado que en ocasión de la presentación de mis obras usted haga lugar a su recepción variada y que haga escuchar la voz, distinta de la mía, de los investigadores que han trabajado bajo mi dirección o conmigo. Usted produce de este modo un efecto de dispersión conforme a la manera según la cual interpreto mi influencia. [...] Su libro refleja también la mezcla de alegría y tristeza que constituyen mi humor. Por todo ello, gracias.

Con la siguiente posdata: “Usted ha escrito este libro sin haberse encontrado conmigo. Ascetismo recíproco. ¿No ha llegado el momento de que nos encontremos?”.¹ Todo mi trabajo de investigación se encontraba justificado sólo por esta carta, y podía, luego de una larga complicidad con sus escritos, realizar lo que parecía fuera de alcance, el encuentro con el hombre Ricœur. Su amiga y asistente Thérèse Duflot actuó como vínculo durante nuestros primeros encuentros. Para mí, Ricœur era más un monumento filosófico que un ser humano de carne y hueso. ¿Sería sorprendido en falta en cuanto a la semblanza que había esbozado de él en mi biografía? Esta puesta a prueba, esta confrontación con lo real, no era fácil. Me tranquilicé de inmediato al ver ante mí al mismo tiempo a un gran filósofo y a un hombre de una excepcional simplicidad y humildad, con una sonrisa de niño siempre listo para maravillarse. Tenía esta ingenuidad notable, que en él era el fruto de una inmensa cultura ligada al deseo profundo de permanecer en un pie de igualdad con el otro.

En el curso de nuestras conversaciones, encontraba su gesto filosófico singular, percibido a través de su obra, que se despliega en tres momentos: la escucha, el compromiso y la apertura. En primer lugar, la atención al otro, la fundamental acogida a la diferencia, a la alteridad, a riesgo de conmover su identidad, la diferencia con la cual se camina y que ha practicado más allá de la fatiga psíquica y física, con un apetito siempre hambriento de descubri-

¹ Paul Ricœur, carta al autor, 14 de septiembre de 1997.

miento. Sin embargo, no se trata de ningún modo de una actitud de seguidor: siempre expresa una separación ante el pensamiento del otro, con el cual manifiesta su compromiso personal, una reafirmación de sus convicciones. Enuncia de ese modo los prolegómenos de un compromiso que no se entiende como la elección del blanco contra el negro, sino como la afirmación de un punto de vista que le parece el mejor entre el peor y el menor mal. Es el momento de la toma de riesgo, pues no hay compromiso sin exposición a un posible fracaso de la causa que se defiende. El tercer momento no es el de una síntesis en un saber absolutizado que se formularía en un nuevo sistema que subsume las contradicciones internas para llegar a un sistema ideal. Por el contrario, despliega una filosofía paradójica, que mantiene a la vez el cuestionamiento y la tensión que resulta de la necesidad de pensar en conjunto lo mismo y lo otro, lo universal y lo singular, el tiempo cosmológico e íntimo, el relato y su referente. Para hacerlo, inventa conceptos como el de identidad narrativa, de distinción en el sí mismo [*soi*] entre el *idem* y el *ipse*, de representancia [*représentance*]... que son todas ellas mediaciones, siempre imperfectas, para pensar en conjunto estas tensiones.

Descubrí también su humor, su sensibilidad para la broma, esa manera muy singular de desdramatizar, de eliminar los falsos conflictos y las falsas apariencias. Cuando lo vi por primera vez, el periodista de *Le Nouvel Observateur* Didier Eribon acababa de escribir un artículo incendiario contra mi biografía, aprovechando la ocasión para acusar a Ricœur de intentar en vano equipararse a los mejores de su generación. Me sentí herido por lo que significaba para él, pero él lo tomó con humor, diciéndome que ser el "Poulidor* de la filosofía" no estaba tan mal.

Me quedé estupefacto cuando, poco después de nuestro primer encuentro, a principios de 1998, siempre por intermediación de Thérèse Duflot, Ricœur pide verme y me propone aconsejarle en los artificios del paisaje historiográfico. En ese momento, en plena preparación de su obra *La memoria, la historia, el olvido*, que aparecería en 2000, se propuso la tarea de leer los trabajos de los historiadores, y no solamente las publicaciones de los filósofos acerca de la historia. Sin querer sobreestimar mi modesto aporte a la parte de su libro sobre la operación historiográfica, es cierto que, al trabajar en ese momento en una bio-

* Raymond Poulidor fue un ciclista profesional francés. Pasó a la posteridad como el "eterno segundo", ya que terminó el Tour de France en el segundo puesto tres veces. En Europa, especialmente en Francia, es común la utilización de su nombre como apodo de esa condición. De allí la expresión utilizada en el texto. [N. del T.]

grafía intelectual del historiador Michel de Certeau, ciertamente he contribuido a hacerle descubrir la extensión y la fuerza de su obra. Una tarde de trabajo en su oficina, le pregunté cómo hacía para sostener semejante ritmo de actividad próximo a los 90 años y me respondió con una tríada que puede convertirse en una regla de vida: “Tengo mucha energía, poca fuerza y nada de poder”. Esta fórmula me ha tocado, por la justeza con la cual expresa este poder de ser muy espinoziano de Ricœur, este *conatus* que lo impulsa más allá de sus fuerzas vitales y su preocupación por mantenerse a distancia, sin ningún desprecio, de toda institución que amenazaría con frenar su poder de ser y de pensar. Puedo entonces decir que entre 1997, fecha de la publicación de mi biografía, y 2005, se entabló entre nosotros una relación de amistad, aun cuando mi timidez y mi deseo de no estorbarlo con mi presencia en un momento en el cual el tiempo lo apremiaba me han incitado a vivir esta relación preservando una “justa” distancia.

Para esta nueva edición de mi biografía, era imperativa una cuidadosa actualización, pues, entre 1997 y 2005, Ricœur continuó publicando obras fundamentales: *Pensar la Biblia* (1998), *La naturaleza y la norma* (1998), junto con Jean-Pierre Changeux, *La memoria, la historia, el olvido* (2000), *Lo justo 2* (2001), *Sobre la traducción* (2004), *Caminos del reconocimiento* (2004). Por otra parte, para esta nueva edición, me he beneficiado con el trabajo benedictino llevado adelante en solitario por Catherine Goldenstein, conservadora del Fondo Paul Ricœur, donde se encuentran los archivos de Paul Ricœur en proceso de clasificación, así como su biblioteca personal de 15 mil libros, que ha legado a la Facultad de Teología Protestante del bulevar Arago en París. No obstante, no se trataba de escribir otro libro, sino de añadir aquí y allí informaciones valiosas que permitan el acceso a un número todavía limitado de los tesoros que contienen estos archivos. Estos añadidos no carecen de contrapartida, pues la publicación de 1997 ya desafiaba los límites físicos de lo que puede ser un libro. Fue necesario entonces, no sin lamento, relegar algunos capítulos a una consulta en un sitio de Internet dedicado a ello y retirarlos de la versión en papel. Esta nueva versión de mi biografía intelectual no puede ser calificada como definitiva, pues no existe una posible biografía definitiva, pero ella será mi última versión con una esperanza, la de poner a trabajar a un número creciente de investigadores, dando testimonio de esta manera de la fecundidad excepcional de la obra de Paul Ricœur.

PREFACIO

LA CIUDAD reencuentra el camino de la interrogación filosófica. Lejos ha quedado la época en que se enterraba a la filosofía como disciplina caída en desuso, definitivamente superada por la ciencia. El entusiasmo colectivo que suscita hoy la filosofía corresponde a un momento de estallido de los sistemas explicativos cerrados. Más que respuestas a preguntas, un público creciente busca plantear preguntas a las respuestas formuladas por la tradición. Nos comprimimos en los cafés para debatir sobre ello. La “filo” ha descendido a la calle, al punto que algunos incluso ofrecen consultas haciendo “filo a la medida”, para responder a las inquietudes del día.

La modernidad se encuentra recargada por la densidad de la historia del pensamiento para esclarecer los grandes desafíos de este fin de siglo. La figura del filósofo que responde a esta expectativa se ha modificado por ello. El maestro de escuela o de la capilla es sustituido por la necesidad de una filosofía más modesta, más interrogativa y plural, capaz de una mejor correspondencia con la doble preocupación, colectiva e individual, de sentido.

Tal es la postura filosófica de Paul Ricœur quien, después de los años treinta, concibe su reflexión como una forma de compromiso en la Ciudad. Tomar conocimiento de su itinerario da testimonio de esta capacidad de intervención constante en los grandes desafíos que atraviesan la sociedad contemporánea. Muestra hasta qué punto el camino filosófico, permaneciendo modesto, es fundamental, y necesita de largos desvíos, una verdadera ascesis intelectual. Con más de 80 años, Ricœur manifiesta una eterna juventud. Su presencia constante en este siglo nunca será desmentida. Si ser es “ser en camino”, Ricœur, maestro en pensar más que maestro pensador de generaciones sucesivas, está en el corazón del siglo xx, en el corazón de la Ciudad.

La realización de una biografía intelectual de Paul Ricœur resulta un verdadero desafío. A lo largo de sus escritos, siempre ha mantenido la mayor reserva acerca de lo que concierne a su esfera personal. Cuando lo solicité por vía epistolar, me ha precisado que de ninguna manera quería implicarse en este trabajo. De ello resultó un contrato tácito, a partir del cual sistemáticamente lo he evitado, para respetar su deseo de permanecer totalmente ajeno a

la elaboración de esta obra. La semblanza de Ricœur aquí esbozada es pues la de un hombre con el que nunca me he encontrado.

Una situación tan extraña hubiera podido disuadir al historiador que soy, más aún en la medida en que no he accedido a sus archivos personales. ¿No deberíamos limitarnos a ello? ¿Su obra monumental no basta por otra parte por sí misma para dar testimonio de su importancia? ¿Qué puede aportar la mirada de un historiador, que además es un historiador sin fuentes? En el comienzo de este largo trabajo, los obstáculos parecían verdaderamente insuperables; sin embargo, nunca me parecieron suficientes como para renunciar. La pasión experimentada por la obra de Ricœur siempre ha sido más fuerte. Ella nunca ha sido desmentida ni quebrantada por lo que podía aparecer como la opción más razonable: abandonar mi camino.

El observador apresurado quizá no verá aquí más que un efecto de modo, una manifestación suplementaria del entusiasmo general que suscita hoy Ricœur en un público cada vez más amplio. En realidad, esta pasión se ha arraigado en la lógica misma de mis propias investigaciones. Insatisfecho por el carácter cientificista del discurso historiador de la escuela de los *Annales* en los años setenta, *La historia en migajas*¹ intentaba hacer notar que la historia es ante todo la de los hombres, y no puede vaciar, por un golpe de computadora, el acontecimiento y la vivencia humana en nombre de la construcción de una física social. Sólo más tarde descubrí un texto de Ricœur, "Objetividad y subjetividad en historia", que data de 1952, y vuelto a aparecer en *Historia y verdad*, que ya decía lo que yo quería expresar. La puesta en perspectiva de la obra *Historia del estructuralismo*² partía de posiciones cuya proximidad con las ya defendidas por Ricœur, especialmente en *El conflicto de las interpretaciones* a partir de 1969 y luego en *Del texto a la acción*, he podido medir. Las aporías señaladas durante la deconstrucción del paradigma estructuralista me condujeron, lógicamente, a explorar más en profundidad el camino hermenéutico abierto por Ricœur. Allí encontré el equilibrio buscado, que permitía hacer la distinción entre la fecundidad de un paradigma y sus límites. Sin embargo, esta voz prontamente enunciada no fue escuchada en los años sesenta; experimenté entonces el deseo de hacerle justicia. Pero este entusiasmo por la obra de Ricœur se ha nutrido también del derrumbe de mi adhesión a un mar-

¹ François Dosse, *L'Histoire en miettes. Des Annales à la "nouvelle histoire"*, París, La Découverte, 1987 [trad. esp.: *La historia en migajas. De Annales a la "nueva historia"*, México, Universidad Iberoamericana, 2006].

² François Dosse, *Histoire du structuralisme*, t. 1: *Le Champ du signe*, t. 2: *Le Chant du cygne*, París, La Découverte, 1991 y 1992 [trad. esp.: *Historia del estructuralismo*, Madrid, Akal, 2004].

xismo crítico y del rechazo a caer en el escepticismo y el cinismo, así como de la necesidad de una filosofía lo suficientemente fuerte como para constituir una mediación, una relación activa con nuestro mundo. Su rostro, tal como se me apareció durante una emisión de Olivier Abel en la pantalla chica, me resultó luminoso. La revelación de la adecuación perfecta entre este rostro, su decir y sus escritos en torno al tema de la promesa fue tal que me convencía de poder mover montañas.

El protagonista de esta reconstitución histórica es a la vez omnipresente y ausente, inasible. Al no disponer de sus archivos personales, me fue necesario llevar adelante una larga búsqueda para recopilar un material tan extenso como fuera posible, con el fin de confirmar las fuentes de información y luego confrontarlas con los textos. De este modo me fui instruyendo en la escritura de una biografía que no tiene nada de clásica y que corresponde a la manera según la cual Ricœur piensa la construcción de la identidad personal. Este recorrido histórico no tiene la pretensión de penetrar en alguna clave o misterio de orden psicológico que ofrecería una mejor comprensión de la obra del filósofo en nombre de una biografía total. Tal ambición no puede ser sino un engaño. Toda biografía es por definición tributaria de las posiciones y de los instrumentos de cuestiones y fuentes nuevas. Por lo tanto, toda biografía sólo puede ser limitada y parcial, abierta a otras interpretaciones posibles.

El recorrido que va a descubrir el lector es pues a la vez menos y más que una biografía. Su hilo conductor es, de modo muy evidente, el camino de Ricœur, que se trata de restituir desde el punto de vista de su recepción, a partir de la mirada múltiple de los otros, del entrecruzamiento de itinerarios y de encuentros sucesivos. Ricœur es el actor principal de esta configuración de la trama [*mise en intrigue*] en tanto “ser involucrado en historias”, a la manera como lo define Wilhelm Schapp. Muy a menudo sale del centro, y esta biografía intelectual intenta también hacer revivir los múltiples itinerarios de aquellos que, en momentos y contextos diferentes, se han cruzado con el de Ricœur. Como ha escrito Paul Valadier, Ricœur es un “filósofo que sólo se alcanza y se testimonia por el encuentro con los otros”. Cuando se reconstruye este complejo de encuentros, se hallan, más allá de las huellas textuales, las huellas existenciales que ha dejado. La identidad de Ricœur se deja entrever a través de esta pluralidad. Los sentidos de una vida del sí mismo [*soi*] se leen en la mirada de los otros, no como fidelidad reflejada por algún tipo de espejo, sino como recreación constante, obra puesta en práctica, mundo del texto devenido fuente de identidad. En la sucesión de los lugares de su memoria: los

campos de Pomerania occidental, Chambon, Estrasburgo, la Sorbona, Les Murs Blancs, Nanterre, Chicago... y de los de sus grupos de pertenencia, tales como el círculo de Gabriel Marcel, *Christianisme Social*, *Esprit*, el Laboratorio de Fenomenología... se delinea una identidad a la vez plural del hecho de las apropiaciones que ella suscita y unitaria por la coherencia siempre preservada de una vida hecha obra.

Esta biografía intelectual de Ricœur se ilustra también con semblanzas surgidas de los 170 testimonios que he utilizado para realizar este relato. En un camino en definitiva muy ricœuriano, el proyector del historiador se ha desplazado de una búsqueda exclusivamente centrada en un individuo hacia una investigación plural. La cuestión de lo verdadero se ha encontrado ella misma transformada. Ya no está en la disociación de la verdad y de la falsedad, pues los modelos de recepción, por variados que sean, son auténticos; es por esta dinámica de la obra que se retoma de la mejor manera una fecundidad que escapa, las más de las veces, a su autor.

El camino histórico de configuración de la trama [*mise en intrigue*], como bien lo ha mostrado Ricœur en *Tiempo y narración*, permite dar carne a los conceptos y descubrir su eficacia gracias a una preocupación constante por la contextualización. Este camino me parece muy esclarecedor para comprender el aporte de la obra filosófica de Ricœur, en el entrecruzamiento de dos lógicas. En primer lugar, una pertinencia diacrónica, a menudo evocada por Ricœur mismo, cuando dice que retoma sus trabajos anteriores a partir de sus restos. Se delinea un verdadero movimiento en espiral, que se proyecta según nuevos lugares de sondeo, dejados de lado hasta ese momento. Esta lectura diacrónica valoriza la coherencia interna de una obra que evoluciona según su propio ritmo en el curso del tiempo y cuyo aporte singular se construye a la medida de nuevos detalles aportados al edificio. Pero hay otra lectura necesaria, sincrónica, que reconstituye su contexto intelectual. Esta dimensión es indispensable para comprender a un filósofo como Ricœur, en la medida en que se aplica a sí mismo sus posiciones dialógicas, desplegando los recursos de un pensamiento sin descanso en un cara a cara con las interpelaciones de su época. La excepcional receptividad de Ricœur, su humildad y su generosidad unánimemente reconocidas hacen de él un filósofo de la escucha, que no duda en tomar los desvíos más alejados de su camino para responder a las interpelaciones de su tiempo. Su pensamiento se ha impregnado de los múltiples momentos que han marcado la historia del pensamiento francés: el existencialismo, el estructuralismo, el deconstruccionismo... El ambiente intelectual de la segunda mitad del siglo xx, de donde han surgido sus interlocutores,

ha marcado profundamente sus elecciones. Sin ampararse en las costumbres de la corriente dominante, se ubicó a distancia, en una posición de apropiación siempre crítica. Algunos podrían reprocharle estos numerosos desvíos, que le harían perder tiempo: coincidir con este reproche sería olvidar la manera según la cual él concibe la función del filósofo, como contribución a esclarecer las nociones y los conceptos utilizados para favorecer el debate democrático de la Ciudad.

El pensamiento de Ricœur es ante todo un pensamiento del actuar, siempre encaminado a la mayor justicia, hacia la esperanza de un ser en conjunto creador de felicidad colectiva. Volver a trazar su historia es también volver a encontrarlo presente en la mayor parte de las cuestiones que han sido el núcleo de los debates de esta segunda mitad del siglo. En su preocupación de universalidad y de diálogo, algunos sólo veían un ecumenismo que apuntaba a reconciliar lo inconciliable en el interior de un pensamiento pacificado por el término medio. Si se sigue de cerca el recorrido de Ricœur, puede apreciarse hasta qué punto esta visión es superficial y deja de lado lo esencial. Lejos de practicar la polémica y la hipérbole, su pensamiento es sin embargo, al contrario de las apariencias, un pensamiento del extremo, un pensamiento del conflicto. Las nociones de respuesta, de réplica, de estrategia frente a los obstáculos son todas ellas características de su gesto filosófico. Su camino lleva a los puntos límite las posiciones en situación conflictiva hasta hacerlos tropezar con un horizonte aporético. Ahora bien, es precisamente este tropiezo el que da que pensar. El medio para hacer resurgir la reflexión no consiste para él en buscar una síntesis artificial entre posiciones antagonistas, sino en definir el camino de una salida a través de un desplazamiento de los términos del dilema. Son estos saltos sucesivos los que han permitido a Ricœur ser un verdadero creador de conceptos, contrariamente, también allí, a una imagen superficial que lo presenta a menudo como un simple profesor. Si ha sido un docente sin par, y en este terreno los testimonios de quienes han trabajado bajo su dirección son elocuentes, habrá sido también autor de nociones que ayudan a pensar: la identidad narrativa, la distinción entre mismidad e ipseidad, la metáfora viva, el *socius* y el prójimo, la paradoja política... entre otras.

En la línea quebrada de sus investigaciones, Ricœur nunca cederá, en lo esencial, ni ante los modos, ni ante el desaliento, pues, en la base de su camino, hace la apuesta del sentido; no de un sentido ya allí, no de una ontología como pedestal fundador, sino de un sentido a revelar, siempre al encuentro de sí mismo [*soi*]. La travesía del trágico siglo xx da todo su peso al carácter imperioso de un pensamiento que toma en cuenta la dimensión del mal. Al

mismo tiempo, este pensamiento remite al “cuánto más”, a una asimetría inicial a favor del Bien y del asombro encantado ante el nacimiento.

Volver a trazar el recorrido de aquel que puede ser calificado como Justo en búsqueda de caminos que conduzcan a la sabiduría práctica presupone un largo viaje en el espacio –pues Ricœur ha sido precursor como pasajero entre la filosofía continental y la filosofía analítica anglosajona– y en el tiempo, pues para él la tradición nunca se ha superado verdaderamente cuando es tradición viva, yacimiento de sentido. La tradición puede ayudar a formular el horizonte de espera. Toda la historia de la filosofía es entonces movilizadora por Ricœur, para quien no existe un verdadero corte entre un antes y un después. De este modo, puede presentarse como un kantiano poshegeliano o poshusserliano, adoptando un camino en tensión entre un universalismo kantiano y un respeto de la singularidad aristotélica. Todo su esfuerzo encuentra su coherencia última en la construcción de una ontología del actuar.

Modelo de exigencia, Ricœur ofrece a su biografía un enigma para el cual no hay respuesta, sino simplemente hipótesis sobre la manera según la cual concilia sus convicciones religiosas protestantes y su rigor racional filosófico. Si con respecto a esto menciona alguna esquizofrenia, esta broma proviene más de su sentido del humor que de una personalidad dividida. Siempre vivió esta tensión de manera difícil, exponiendo a veces su fe a las exigencias de la razón y esta última a sus convicciones profundas. Desde el comienzo, el joven protestante que es ve en la filosofía un desafío mayor a su creencia; este diálogo interior nunca ha cesado. Esta tensión misma lo conduce a los límites del agnosticismo. Está en la base de su doble creatividad, la de un creyente diferente en tanto filósofo y la de un filósofo diferente en tanto creyente. En ningún momento filósofo cristiano, siempre ha sido un cristiano filósofo. El mismo grado de exigencia se testimonia en él tanto en el plano confesional y exegético de su vida como en el plano filosófico. Esta preocupación por evitar los escollos de la confusión, así como los de la separación entre estos dos dominios tan esenciales de su existencia le permitió una constante vigilancia. Siempre intenta superar los dilemas reductores, las posiciones abarcadoras que pretenden detentar el saber absoluto, las múltiples tentaciones de adhesiones negadoras. En este sentido, es un velador de la frontera, mostrando que no es conveniente optar entre el explicar y el comprender, lo universal y lo singular, el concepto y la vivencia, lo mismo y lo otro, la unidad y la pluralidad, abriendo el camino de un intervalo que mantiene los puentes, los vínculos de un diálogo fecundo entre posiciones consideradas a priori como antinómicas.

El itinerario de Ricœur, animado por una escucha de su siglo, suscita en aquel que se toma el tiempo de seguirlo un gozo interior profundo. Una verdadera pasión vivida anima esta puesta en historia de una vida rica de sentido, no con fines idólatras, no para erigir una nueva estatua de comendador, sino para compartir este don de sí de Ricœur, fuente de una sabiduría comunicativa.